

Salud y vulnerabilidad en torno a la vida reproductiva de mujeres jóvenes de clase media.

Patricia Schwarz.

Cita:

Patricia Schwarz (2007). *Salud y vulnerabilidad en torno a la vida reproductiva de mujeres jóvenes de clase media. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/264>

Salud y vulnerabilidad en torno a la vida reproductiva de mujeres jóvenes de clase media

Lic. Patricia Schwarz

IIGG-CONICET-UBA

patriciakns@yahoo.com.ar

Salud y vulnerabilidad en torno a la vida reproductiva de mujeres jóvenes de clase media

Históricamente la maternidad ha sido un vehículo para concretizar eficientemente la división sexual del trabajo. A pesar de que los acontecimientos han demostrado que la mujer no pertenece naturalmente a esa tarea y que muchas mujeres cuestionan actualmente este destino, sigue siendo un recurso utilizado recurrentemente para ubicar a la mujer en un espacio restringido y controlado.

Este trabajo desarrolla las condiciones sociales que ponen en riesgo la salud física y psicológica de mujeres de 20 a 40 años de clase media urbana en lo que refiere a su experiencia reproductiva y parental.

Un terreno posible para entender este fenómeno es el de la construcción de la identidad de género, en el campo de la identidad es donde se internaliza la reproducción como obligación biológica de preservación de la especie y, dependiendo del momento histórico, esto trae consigo un conjunto de comportamientos y roles, una determinada distribución del poder en la relación entre personas de diversos géneros. La identidad de género, pensada como una relación social, es negociada y se encuentra en constante cambio.

El género no es el resultado causal del sexo ni tampoco es tan aparentemente fijo como el sexo. El género es una interpretación múltiple del sexo. Las personas sólo se vuelven inteligibles cuando adquieren un género ajustado a normas reconocibles que determinan cómo deben comportarse hombres y mujeres. La idea de una relación mimética entre género y sexo se sostiene a partir de la suposición de un sistema binario de géneros que mantiene implícito tal mimetismo. Es una experiencia discursivamente condicionada, sus límites se fijan dentro de los términos de un discurso cultural hegemónico apoyado en estructuras binarias que aparecen como el lenguaje de la racionalidad universal (Butler, 2001).

En la vida de las mujeres uno de los cambios iniciados en las últimas décadas fue la separación entre la actividad reproductiva y la sexualidad. En las sociedades tradicionales la entrada a la vida adulta comenzaba a partir de la iniciación sexual y de la reproducción. La identidad de la mujer estaba simbólicamente absorbida por la función y la ética maternal, ambas confinadas al espacio privado, a las actividades

domésticas. Actualmente, en cambio, la juventud de las mujeres se redefine en comparación con las de épocas anteriores. Se abre así una brecha entre la iniciación sexual y el comienzo de la vida reproductiva, y es en esta brecha en la que se explora la sexualidad y el erotismo sin intenciones reproductivas. La entrada en el mundo de los adultos está dada por el ingreso al espacio público. Existe una serie de elementos que se conjugan a favor de este cambio, como la nueva concepción del espacio de la mujer, su ingreso a todos los niveles de educación formal, a la actividad laboral y política, y el uso de métodos anticonceptivos que hace posible una maternidad elegida. Contribuyeron también a estos cambios las reivindicaciones feministas, la llegada de gobiernos democráticos que tuvieron iniciativas para conformar familias democráticas, la universalización de la educación, los servicios de la vida urbana tales como colegios y guarderías; los avances en la legislación y las influencias culturales de países desarrollados que se propusieron relativizar los espacios históricamente asignados a la mujer (Fuller, 2001). En la Argentina, en los sectores sociales medios y bajos a lo largo de las últimas tres décadas, dada la fuerte caída del salario y el aumento del desempleo, la mujer sufrió una presión fuerte para insertarse en el mercado laboral con miras al sostenimiento del hogar. En este trabajo definimos la maternidad como una arena política donde se establecen, por medio de nuevas y viejas luchas de poder, espacios de acción, de construcción de subjetividades y de división sexual del trabajo.

Esta investigación tiene un diseño descriptivo y exploratorio, con un abordaje cualitativo. Se emplearon diversas técnicas de recolección de datos tales como: observación participante, entrevistas en profundidad y grupos focales.

Se realizaron cincuenta entrevistas, tres grupos focales y un mes de observaciones en plazas de sectores medios de la Ciudad de Buenos Aires. Para definir la cantidad de entrevistas y de grupos focales nos apoyamos en la Teoría Fundamentada, denominación que responde a que la construcción de teoría está basada en los datos empíricos que la sustentan, siguiendo un proceso de análisis inductivo. El número de entrevistas y de grupos realizados está dado por el criterio de saturación (momento de la investigación en que se deja de obtener información nueva) de acuerdo a la relevancia teórica (Glaser y Strauss, 1967).

A continuación desarrollaremos la relación de las mujeres con diferentes aspectos de la vida reproductiva y parental, analizaremos los posibles riesgos que estos aspectos representan para su salud física y psicológica.

El cuerpo y sus manifestaciones. Límites y capacidades reproductivas y parentales

Vivir en sociedad implica una determinada construcción social del cuerpo, las representaciones sociales, que construimos para comunicarnos y compartir un medio social, le asignan al cuerpo y a los elementos de contexto una posición determinada dentro del simbolismo general de la sociedad. De este modo el cuerpo se constituye como una realidad simbólica.

La dimensión sensible y física de la existencia humana tiende a olvidarse a medida que se extiende la técnica. El cuerpo se vuelve más difícil de asumir cuanto más se

restringen sus actividades sobre el entorno. En las sociedades tradicionales, de composición holística, comunitaria, en la que el individuo es indiscernible, el cuerpo no es objeto de una escisión, y el hombre se confunde con el cosmos, la naturaleza, la comunidad. Existen huellas de esta representación en las tradiciones de curación en los sectores populares. (Le Breton, 1995).

La modernidad prometió liberar a los sujetos del Cuerpo y no lo cumplió, en lugar de ello instauró la dualidad cuerpo – alma. Esta dualidad cristiana había sido inventada con el fin de armonizar dos tareas contradictorias en un acto. Por una parte, es de esa dualidad de donde proviene el carácter pecaminoso del actor humano, atado a su parte percedera; y al mismo tiempo, la dualidad invistió al sujeto cristiano con un componente, el alma, que era el órgano de comunicación con lo divino y el encargado de la redención del cuerpo (Heller, 2004; Foucault, 2003).

El proceso civilizador transforma el hábitat humano eliminando de él todo rastro de la existencia de humanos. El hogar moderno se organiza con la intención de ocultar la presencia del cuerpo, reduciéndolo al nivel de lo inmencionable, haciendo no sólo privadas, sino secretas todas aquellas funciones que habían estado expuestas a la visión pública. En la modernidad se produce un proceso que identifica lo espiritual con lo racional. Si se aplica la racionalidad al cuerpo, ésta niega primero el sustrato del cuerpo, lo corporal (al tratar de dominarlo), y niega su diferencia. La racionalidad tiene principios de cómo debería ser el cuerpo y cualquier cuerpo que se aparte de esos parámetros será desviado de esa norma.

En los últimos cien años en occidente se configuró una imagen hegemónica del cuerpo delgado en las mujeres, musculoso en los hombres. Para las mujeres, en principio este fue un medio para marcar una distancia del rol materno, a principios de siglo pasado. Estas transformaciones implican una norma de control sobre el cuerpo, el disciplinamiento del mismo se acompaña de viejas prerrogativas cristianas y occidentales, de control de lo racional / espiritual (Heller, 2004; Foucault, 2003). Este proceso se hace observable en el control médico durante el embarazo, intentando borrar todo rastro del mismo, controlando el aumento de peso, las estrías, entre otras cosas.

En occidente existe la ficción de que los sujetos son relativamente libres en sus elecciones, que cada uno puede construir una visión personal del cuerpo y puede armarla como si fuera un rompecabezas, sin preocuparse por las contradicciones o por la heterogeneidad del saber que toman prestado (Le Breton, 1995). El yoga, el chamanismo, el zen, los masajes, la acupuntura, se convirtieron en puras tecnologías corporales, con la búsqueda de la eficacia terapéutica. Detrás de estas elecciones dispares se encuentra, sin embargo, un mismo dispositivo social; la lógica de pensamiento que existe detrás de estas actitudes de elección: estas siguen siendo fragmentadas e individualistas, la representación del cuerpo que habita detrás de estas elecciones sigue siendo la misma que la que elige el modelo biomédico, no hay corrimiento de la impronta cultural occidental antes descrita, solo existe una apariencia diferente. Esta potestad aparente sobre el cuerpo, genera una imagen de responsabilidad individual sobre los estados de esa máquina corporal, considerando que los estilos de vida y las elecciones que lo acompañan no tienen elementos de condicionamiento social.

Toda sociedad implica la ritualización de las actividades corporales, pues, el cuerpo es el soporte material que hace posible el intercambio entre los sujetos, la occidental se basa en su evitamiento, en el distanciamiento, y a la ausencia de manifestaciones corporales la entiende como salud física. En la vida cotidiana, en circunstancias de salud, el cuerpo pareciera borrarse de los rituales de comunicación. El cuerpo en todas sus manifestaciones es un vehículo de mensajes y comunicación, aun hacia sí mismo. La no expresión, el no gesto, continúa la tendencia hacia el vaciamiento de lo significativo, y el quiebre sistemático de los vínculos sociales. Sin interacción, no hay construcción simbólica posible, y sin construcción de sentido, no hay vida social.

La aparición sistemática del cuerpo en los medios de masas no contradice lo anterior, sino que no es más que una exaltación del cuerpo joven, sano, esbelto, higiénico, como pauta de consumo (Le Breton, 1995. Bourdieu, 1988). De este modo, el imperativo cultural debe ser cumplido para poder ser parte del juego social, esto quiere decir que quien haga visible su cuerpo de la forma no esperada, generará malestar, alejamiento. Como dice Bourdieu (1988) "El habitus se hace cuerpo, el cuerpo construido socialmente, vive y encarna el orden de disposiciones establecido, los estilos de vida correspondientes a cada estrato socioeconómico dan cuenta de ello".

La experiencia corporal es de suma importancia en la construcción de la identidad. El proceso cognitivo de formación del yo es simultáneo a la formación de la percepción cognitiva del cuerpo en la conciencia. El cuerpo puede volverse un lugar de control efectivo, pues también interviene en la cognición de otros cuerpos y objetos. Las coordenadas de identificación se dan primero en el cuerpo (Butler, 2001).

Para poder explorar las representaciones del cuerpo se les solicitó a las mujeres que mencionaran las palabras que surgían ante el disparador "cuerpo". Manifestaron lo siguiente:

un envase – un vestido – algo que te lleva y te trae – lo que te permite comunicarte - expresión – relación – dominio - imagen – importante que esté en armonía – hay que cuidarlo y disfrutarlo – aceptarlo - es lo que uno necesita para tener espíritu – uno se obsesiona mucho por lo cultural pero no es lo más importante, lo más importante no depende del cuerpo – un tema, creo que no podemos dedicarle tanto tiempo como se merecería, no lo cuidamos como deberíamos. Tengo que ir al gimnasio, pero tengo que ir a la facu, acá, allá y no vas - si te sentís enfermo vas al médico y listo.

Este último comentario abona el análisis en relación con la desvinculación de las mujeres respecto de la comprensión de sus propios procesos físicos. Este fenómeno impacta en el grado de intervención médica en el embarazo y parto. Un ejemplo de esto último es la estadística elevada de utilización de diferentes drogas en el transcurso del parto.

Existe un alejamiento de las mujeres respecto de su cuerpo, el espíritu y el cuerpo no viven una integralidad, se alejan de la exploración y la comunicación entre ambos; esto se traduce en un escaso conocimiento de la capacidad fértil de la mujer en las diferentes edades, no vinculando las decisiones reproductivas a limitaciones biológicas. Se deposita una confianza plena en la tecnología y la ciencia médica sin

conocerlas demasiado. Consideran que estas podrían resolver cualquier inconveniente o incapacidad que pudiera surgir en el proceso de gestación y parto. Por ende, del testimonio de las entrevistadas no surge las limitaciones de la fertilidad por causas de edad como una variable a tener en cuenta.

La escasa comunicación con el propio cuerpo impide la interpretación de sus señales, tanto en la salud como en la enfermedad.

Dado que la atención está puesta en los cuidados hacia los hijos y la pareja, no se previenen lesiones y desgastes físicos propios de las tareas de crianza: lesiones en columna, hombros, cintura. A lo anterior se suma la falta de actividad física, sobre todo en mujeres con hijos; como producto de la sobrexigencia (presión social para tener un cuerpo atractivo, ser buena madre, buena esposa, profesional exitosa) y la consecuente falta de tiempo y energía para dedicar a las tareas de autocuidado y prevención en salud. Esto no es visualizado como prioridad. Por el contrario, es naturalizado y reivindicado como característica propia de una madre y su entrega: “después de tener a la nena tengo la panza caída, la espalda destrozada de alzarla todo el tiempo, estoy llena de estrías...pero yo ya le dije a mi marido que no me moleste con cuestiones del cuerpo, ahora soy madre.”(Liliana, 32 años)

También fue muy frecuente que las mujeres percibieran su cuerpo como un medio para lograr comunicación con su entorno. En la relación con un hijo consideraban el contacto físico como algo fundamental para la comunicación y el fortalecimiento del vínculo. Sin embargo, al mismo tiempo lamentaban una cierta incomodidad para expresarse sentimentalmente en el terreno físico. En general declaraban incapacidad para expresarse en el terreno físico. La mayoría de ellas, cuando se indagaba sobre este contraste, particularmente en lo referido a la relación con un hijo, respondieron que el hecho de que el hijo fuera bebé o niño las habilitaba a mayores libertades respecto de la expresión física del afecto, mientras que una vez adquirida la capacidad del habla y el diálogo se hiciera posible, lo físico podía evitarse y socialmente se sentían reprimidas de continuar con los mismos códigos de contacto físico. En las observaciones en plazas pudo constatarse esto, en los niños más pequeños es menos notoria la dificultad de acercamiento, pero en los mayores es clara la falta de contacto físico, aún del contacto de la mirada cuando entablan una conversación. Esto se hace extensivo a la forma de interactuar con otros sujetos, adultos, parejas, padres, entre otros.

Lo anterior se expresa también en el déficit de destreza en el mundo físico, a diferencia de sus compañeros varones. Observar la indumentaria ayuda a comprender la actitud de acercamiento o de rechazo a la experimentación física de la « situación de plaza ». Ellas están vestidas con colores claros y atuendos delicados, propios de una salida urbana sin actividades físicas. Se mueven, también confirmando el estereotipo femenino: con cuidado, temor, higiene, con mayor manifestación de afecto y cuidado. Cuando tienen que realizar alguna actividad como sentarse en el suelo, entrar a un arenero o correr, demandan a sus parejas para que sean ellos los que realicen esas tareas. El mundo físico corresponde mayormente a los hombres dentro del imaginario androcéntrico, su atuendo, si bien es elegante es lo suficientemente cómodo como para realizar actividades en ese mundo.

Por otra parte, es interesante observar que los padres que comienzan a tener mayor ingerencia en la cotidianidad de la educación de los hijos alteran los patrones de socialización de género vigentes hasta ahora. En los juegos es notorio que las

mujeres protegen más a sus hijas que a sus hijos de posibles daños físicos. Impiden que éstas realicen actividades de destreza, como trepar a lugares que representan mayor dificultad, correr rápido, hamacarse con fuerza, correr descalzas. Esto se da a la inversa con los padres, que cuando otorgan licencias de movilidad para las niñas, las madres se disgustan con ambos. La socialización de género es uno de los procesos que permiten incorporar las normas de comportamiento de género. Por ejemplo un determinado uso del cuerpo ligado al terreno de la experimentación física o del constreñimiento.

Decisiones sobre el proyecto reproductivo y parental. Prácticas y percepciones.

Tanto la heterosexualidad como la maternidad son, entre otras cosas, instituciones políticas. El modelo patriarcal de dominación implica un lugar subordinado de la mujer en el que su sexualidad intenta ser controlada. La heterosexualidad obligatoria es un eje de esta dominación sobre la mujer, en el que se le impone la tarea reproductiva (Lamas, 2002). La visión de las lesbianas como sujetos no reproductivos está profundamente enraizada en la sociedad, no siendo consideradas mujeres apropiadas para ejercer la maternidad. Ésta concepción está marcada por los estereotipos sociales sobre la homosexualidad que suponen que la orientación sexual de las madres influirá en las elecciones sexuales del niño, que éste tendrá una identidad de género poco clara o impropia o que al niño lo estigmatizarán en la escuela o en sus relaciones (Donoso, 2002). Ser madre conforma las expectativas sociales respecto del género, pero ser una madre que privilegia su placer sexual teniendo una compañera mujer, no es compatible con la abnegación de la ética maternal. Cabe añadir que la mayoría de las mujeres entrevistadas no tiene hijos y muchas de ellas no quieren tenerlos en el futuro tampoco. Es posible que aquí estemos observando cómo se aplica el imperativo de restricción de la maternidad en las lesbianas. Ante la posibilidad de un hijo la mayoría de las mujeres piensan la maternidad con una pareja estable mujer.

Todas las mujeres homosexuales con hijos los tuvieron en el marco de un matrimonio heterosexual previo a su “salida del placard”. En estos casos las mujeres consideran que el tipo de educación “especial” de sus hijos los hará más tolerantes y abiertos a la diferencia. Todas ellas hablaron con sus hijos sobre sus prácticas sexuales y no ocultaban en ningún aspecto su orientación sexual. Recibían a sus parejas en su casa y muchas convivían con ésta.

Nuestras entrevistadas sin hijos manifestaron temor a sentir culpa por la posibilidad de generarles a sus hijos situaciones difíciles en sus entornos de sociabilidad por su orientación sexual, temen que sus hijos las discriminen, que las rechacen, no las respeten, les tengan menos afecto, no les perdonen su orientación sexual.

En las mujeres heterosexuales la maternidad está presente en estado potencial o concreto en las percepciones respecto de su vida, de sus proyectos, de sus particularidades. Uno de los aspectos más importantes descritos por las entrevistadas en su proyecto de vida es la maternidad, y los demás aspectos están ordenados en torno a él, como la relación de pareja y las relaciones familiares. Sin embargo, hay otro elemento que describen, que tiene que ver con el desempeño laboral y la percepción de la independencia económica como necesidad indispensable en sus proyectos de vida. Todas las entrevistadas tenían ocupaciones vinculadas a su profesión. Asociaban el desempeño laboral con el preservar un

espacio propio. En algunas entrevistas esto era visualizado como “algo sano para los hijos porque ellos tienen que tener su vida y no es sano que las madres estén encima de ellos como su único mundo.” (29 años). Así, el hecho de no dejar de trabajar al haber tenido hijos tiene una fuerza axiomática en sus decisiones respecto del futuro. Admiten trabajar menos horas, pasar a un segundo plano lo laboral una vez nacido su hijo, pero no aparece como posibilidad el dejar de trabajar. La mayoría de las entrevistadas identifican esto último como un cambio histórico respecto de generaciones pasadas próximas, como la de sus madres, por ejemplo.

En general, manifestaron de modo explícito que lo económico no es lo más relevante a la hora de tomar la decisión de tener un hijo, sino la voluntad de tenerlo, la madurez, la responsabilidad y la capacidad de educarlo bien y darle amor; esas son las condiciones indispensables e ideales para tomar la decisión. Si no se cuenta con la solvencia económica, existe siempre la posibilidad de recurrir a la ayuda familiar o de amigos; o inclusive se pueden diseñar estrategias para acceder a los elementos necesarios con menos dinero.

La observación realizada en tres plazas de sectores medios de la Ciudad de Buenos Aires, apoya los datos presentados. Durante los días hábiles hay mayor afluencia de mujeres con niños en el sector de juegos de las plazas. No es frecuente ver hombres solos con niños, esto tal vez tenga que ver con la escasa dedicación de los padres al cuidado de los hijos y su mayor participación en los momentos de juego (Kornblit, Mendes Diz y Petracci, 1997). En relación con esto la mayoría de las mujeres consultadas en las plazas comentaron que son ellas, en mayor medida, quienes llevan a los hijos al médico para las consultas y controles.

De las entrevistas se desprende la falta de reflexión acerca del proyecto reproductivo, la repetición de patrones culturales que no siempre coinciden con el deseo personal; el mandato social hacia las mujeres para que sean madres y su conducta esté ligada a una ética maternal –de cuidado y auto postergación- y el mandato social hacia las lesbianas para que no sean madres, bajo la sospecha de que puedan alterar la orientación sexual de sus hijos.

Salud mental y maternidad

Surge de las entrevistas una fuerte preocupación acerca de las estrategias necesarias para administrar el tiempo y lograr los objetivos correctamente: una maternidad responsable, con cuidados, cariño y contención hacia los hijos; una relación sólida y activa de pareja; éxito laboral; cuidado de la estética personal y lograr un entorno psicológicamente saludable en la familia para poder criar bien a los hijos. Estas exigencias no son reconocidas como tales y simplemente se apela a la esperanza de poder resolverlas del mejor modo posible y manejar la culpa de la manera más tolerable por pasar la jornada entera fuera de la casa sin ver a los hijos. La responsabilidad es uno de los elementos que más alimenta sus preocupaciones. Todas las entrevistadas mencionaron el peso de la decisión de la maternidad y su consecuente responsabilidad vitalicia, manifestando la necesidad de cumplir todos los objetivos personales antes de tener un hijo, ya que a partir de ese momento todo espacio de tiempo debe estar dedicado a él. Ésta es su expectativa, aunque luego en la práctica no se pueda llevar a cabo. el criterio de la responsabilidad. Gilligan (1985) propone que el accionar moral de las mujeres se centra en la responsabilidad

más que en juicios generales abstractos. Esto, debido a que su identidad está constituida de manera relacional con un otro, llámese hija, hijo, padres, amistades. Chodorow (1974) también señala estas consecuencias, a partir de distintos tipos de socialización sexualmente diferenciada. En las entrevistas encontramos que las mujeres hacían referencia explícita a la preeminencia de su rol como cuidadoras de los hijos por encima de la responsabilidad del padre. Esta situación no se problematiza, simplemente se detenta ese poder y se privilegia el espacio de la mujer por sobre el del hombre en este tipo de tareas de cuidado. Se trata, entonces, de establecer una ética de la responsabilidad y volver al cuidado como un tema políticamente relevante.

Es importante agregar que ante la pregunta acerca de si el “instinto” materno existe, la mayoría de las entrevistadas respondieron afirmativamente, sin embargo, la condición cultural es visualizada como un elemento importante en la forma en que ese instinto se manifiesta. La fuerza acciomatica del mandato instintual no deja escapatoria, las mujeres deben desear ser madres por encima de todas las cosas. De este modo, aquellas mujeres que no se ajustan a esta característica “innata” de la mujer quedan relegadas al terreno de lo estigmatizable, lo patológico, no anormal. Esta norma de comportamiento de género es transmitida tanto por el entorno directo (laboral, de estudio), como por el grupo de pares y por la familia.

Comentarios Finales

La figura de la madre abnegada todavía persiste, subyace a las decisiones y a las formas en que las mujeres viven la maternidad: *“una madre tiene que poner en primer lugar a su familia y a sus hijos y no a ella, o sea, todavía puede hacer un montón de cosas por ella misma, pero por ahí le va a ser mucho más difícil”* (Juana, 28 años). Existe una continuidad de significaciones de la maternidad a lo largo de la historia que la relacionan con los sentimientos y el cuidado. La división del trabajo doméstico sigue señalando a la mujer como responsable y protagonista. Sostenido este argumento sobre saberes acerca del espacio privado transmitidos a través de herencias de generaciones pasadas. Según esta interpretación, el área del hogar: el cuidado de los hijos y de la pareja, es competencia de la mujer así como también lo es el funcionamiento de la casa. Los hijos adquieren prioridad por encima de otras posibles fuentes de construcción identitaria. El altruismo materno se impone en el discurso de las mujeres. Este altruismo se percibe como sacrificio, se integra en el conjunto de cosas que se abandonan o se postergan en pos del proyecto reproductivo. Aun dentro de ese marco, las mujeres sienten necesidades individuales que desean satisfacer, entonces la contradicción entre altruismo e individualismo se vuelve una fuente de conflicto.

Hemos tenido oportunidad de rastrear cómo las mujeres entrevistadas vivencian sus proyectos sentimentales y reproductivos, y con esto observar las dificultades que enfrentan: tanto el dilema de las mujeres heterosexuales, de ejercer una maternidad sobre demandante que se articula con exigencias hacia su identidad de mujer (ser sexy, exitosa en lo profesional, entre otras), como el dilema de las mujeres homosexuales, que incluye el imperativo de la maternidad por ser mujeres y el de la supresión de la misma por ser lesbianas. Nada peor que una norma contradictoria

en sí misma, una norma que no deja escapatoria, salvo a la desviación y con ella a la discriminación y estigmatización de quien se anima a violarla.

Las mujeres entrevistadas visualizan las reivindicaciones del espacio de la mujer como una batalla ganada por las generaciones de 1960 y 70 y no consideran las problemáticas planteadas como colectivas, sino como propias del espacio particular, intrafamiliar. Los conflictos que se generan pueden atenuarse con asistencia psicológica. Si bien en el debate feminista la función maternal ha sido ampliamente discutida a partir del temor a caer en esencialismos que históricamente fueron atribuidos a la condición femenina, y que confinaron a la mujer al espacio doméstico, a la subordinación y a la dependencia masculina; es necesario todavía abrir espacios de discusión colectiva donde puedan plantearse salidas a los nuevos y viejos atolladeros que se dan actualmente. Sin embargo, es importante tener en cuenta que el proceso de transformación del espacio percibido como propio de la mujer, no está completo. Existen aún intersticios de la vida privada que albergan viejas asechanzas. Desde lo institucional y desde las negociaciones posibles al interior de la vida privada ésta es una tarea pendiente.

Los valores del “cuidado” han estado históricamente asignados a la mujer, apelando a su “esencia sensible” y afectuosa; percepción y práctica que se constituye a partir de la división sexual del trabajo (Lovibond, 1995). Las mujeres entrevistadas hacían referencia explícita a la preeminencia de su rol como cuidadoras de los hijos por encima de la responsabilidad del padre. Esta situación no se problematiza, simplemente se detenta ese poder y se privilegia el espacio de la mujer en este tipo de tareas de cuidado.

La ética maternalista tiene una significación moral y política. Perder esto de vista supone una posición de mayor vulnerabilidad para las mujeres. Las exigencias modernas hacia la mujer son variadas y no del todo explicitadas en el lenguaje cotidiano. Estas demandas no existen únicamente desde los hombres hacia las mujeres, sino también de ellas hacia sí mismas; éste es el éxito simbólico de la dominación masculina. Los roles pueden cambiar, lo difícil de desentrañar es la estructura de poder que persiste. En los resultados hallados se puede encontrar cansancio, angustia, incertidumbre en la forma en que las mujeres viven la dedicación a su profesión u ocupación, a la construcción de la pareja, a sus necesidades individuales, a la crianza de los hijos. Las estrategias desarrolladas para lograr cumplir exitosamente estas demandas son variadas, pero prácticamente ninguna de las mujeres cuestiona la exigencia de cumplir con todas. La dominación es vivida y padecida, pero no identificada como tal, aún está naturalizada la identidad “esencial” de la “mujer orquesta”, que puede y debe cubrir todos los aspectos necesarios para cuidar a su familia, protegerlos y conservar su amor.

La producción de nuevas generaciones es un interés colectivo, por ello es una contradicción en sí misma pensarlo en términos individuales. Como toda realización social, tiene un costo y éste debe ser distribuido entre todos los integrantes del grupo. Como sujetos se nos debe reconocer el derecho a decidir si tener hijos o no y como parte de una comunidad, se nos deben ofrecer condiciones más favorables si nuestro proyecto y decisión es engendrarlos y criarlos.

Bibliografía

- Butler, J. (2001) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Mexico. Ed. GyS.
- Chodorow, N. (1974) "Family structure and Feminine personality", en Rosado, M: *Women, Culture and Society*, California. Stanford University Press
- Di Marco, G. (2005) "Relaciones de género y autoridad" en: *Democratización de las familias* (Bs. As.: UNICEF).
- Di Marco, G., B. Schmuckler (1997) *Madres y democratización de la familia en la Argentina contemporánea*. (Bs. As.: Ed. Biblos).
- Esteban, M. L. (2000) "La maternidad como cultura. Algunas cuestiones sobre lactancia materna y cuidado infantil" Cap. 9, en: E. Perdiguero y J. Comelles (eds.): *Medicina y cultura. Estudios entre la antropología y la medicina*. (Barcelona: Ed. Bellaterra).
- Esteban, Mari Luz (2005) *De la obligación de cuidar al derecho a ser cuidadas: una campaña renovada*. En: Pensamiento Crítico: <http://www.pensamientocritico.org/index.html>
- Foucault, M. (1977) *Historia de la Sexualidad 3*. Buenos Aires. Ed. Siglo XXI.
- Gilligan, Carol (1985) *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México DF. Fondo de Cultura Económico, DF
- Knecher, L., M. Panaia (comp.) (1994) *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*. Bs. As. Bibliotecas universitarias. (Bs. As.: Centro Editor Argentino).
- Knibiehler, Y. (2001) *Historia de las madres y de la maternidad en Occidente*. (Bs. As.: Nueva Visión).
- Laclau, E. (1996) *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires. Ed. Ariel.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1988) *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid, Siglo XXI
- Lamas, M. (1999) "Género, diferencias de sexo y diferencia sexual", en *¿Género? Debate Feminista* (Distrito Federal), Vol. 20
- Lovibond, S. (1995) "Ética Maternalista: una evaluación feminista". En, *Feminaria* (Buenos Aires), Año VIII, N°15.
- Mouffe, C. (1996) "*Por una política de la identidad nómada*" en *Debate feminista*, México, año VII, vol. 14.
- Navarro, M., C. Stimpson (comp.) (2002) *Sexualidad, género y roles sexuales*. (Madrid: Ed. Fondo de Cultura Económica).
- Torrado, S. (2003) *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870 – 2000)* (Bs. As.: Ediciones de La Flor).
- (2003) "Antes que la muerte los separe. La nupcialidad en la Argentina durante 1960 – 2000", en *Sociedad* (Buenos Aires) N° 22.

